

Pablo Tusset Lo mejor que le puede pasar a un cruzado



Lo mejor que
le puede pasar
a un cruasán

Pablo
Tusset





Lo mejor que le puede pasar a un cruasán

Pablo
Tusset

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1233

© Pablo Tusset, 2001

© Ediciones Destino, S. A., 2012
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2001
Primera edición en Destino: junio de 2012

ISBN: 978-84-233-2639-6
Depósito legal: B. 15.431-2012
Impreso por Dédalo Offset
Impreso en España-*Printed in Spain*

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir imágenes protegidas en este libro. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los copyrights. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado. El editor ha hecho todo lo posible por identificar y recabar la autorización de los propietarios de los copyrights de todas las fotografías publicadas en esta obra. Si en algún caso no se ha logrado, el editor ruega que le sea comunicado.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*Look for the bare necessities
The simple bare necessities
Forget about your worries and your strife
I mean the bare necessities
Are Mother Nature's recipies
That bring the bare necessities of life.*

La canción de Baloo
TERRY GILKYSON



Lo mejor que le puede pasar a un aspirante a escritor

El tiempo pasa.

Esta novela que el lector tiene en las manos se publicó hace más de diez años, que ya son unos cuantos, pero a mí me retrotrae a un tiempo todavía anterior.

En primer lugar porque antes de publicarse estuvo un año entero rodando por las editoriales a las que se me ocurrió enviar el original, que fueron casi todas las importantes. También entregué personalmente un ejemplar en una agencia literaria afamadísima. Me atendieron muy amablemente, pero mientras esperaba en una salita repleta de retratos de premios nobeles (ya sé que no se dice así), comprendí que aquel no era mi sitio. Al menos por el momento.

De aquel tiempo guardo en alguna parte las típicas cartas de rechazo. «Gracias por su interesantísimo envío pero va a ser que no encaja en nuestra línea editorial.» Poco más o menos todas venían a decir eso; o sea, nada aprovechable. Ahora comprendo que las editoriales han de ser muy cuidadosas para no ofender el ego de los aspirantes a escritor, pero yo hubiera preferido recibir algún comentario de más envidia. Algo como: Mira, colega, no des más po'l saco enviando novelitas porque esto no es lo tuyo. O bien: Sigue intentándolo porque te falta un hervor pero vas por buen camino. Sin embargo no decían nada de eso. Por lo visto todo

giraba en torno a una misteriosa «línea editorial» en la que uno debía encajar, eso era todo lo que se sacaba en claro.

Naturalmente, lo único que yo podía hacer ante aquellas cartas era meter la novela en un cajón y ponerme a escribir otra. Ya me había ocurrido antes, era un aspirante a escritor reincidente y mi empeño estaba contaminado de esa perseverancia morbosa que caracteriza a los escritores inéditos y a los ludópatas de máquina de bar. Siempre esperando el beso de Fortuna. Así que después de aquel año de rechazos me propuse volver a intentarlo previo cambio de registro. Nada de comedia esta vez, me dije. Recuerdo que llegué a empezar una novela coral y naturalista, algo como *La Colmena* aderezada con rodajas de Carver y perifollo de Houellebecq, que por aquel entonces estaba de moda.

Pero no había avanzado mucho con mis rodajas de realidad cuando un buen día, haciendo zapping (eran tiempos en los que internet sólo se usaba para mandar mensajes y uno tenía que ver la tele si quería un poco de chicle para los ojos), oí a Pote Huertas diciendo que Lengua de Trapo pretendía ser la mosca cojonera del mercado editorial. Coño: estos son los míos, pensé yo. De modo que saqué mi comedia del cajón, hice la enésima copia de ella (en papel, claro) y la envié a la dirección de la mosca cojonera en Madrid.

Pasaron algunos meses más (los editores siempre están muy ocupados con la Feria del Libro de Macao, o cosas por el estilo), pero resultó que aquel mi último *message in a bottle* llegó a buen puerto. En concreto cayó en manos de Javier Azpeitia y ahí empezó la historia del Cruasán, porque fue Chavi quien, de los dos títulos que a mí se me habían ocurrido (el otro era «Baloo encadenado», o quizá «La canción de Baloo»), tuvo el buen criterio de aconsejarme que eligiera el que quedó.

Por fin tenía un editor y mi novela se vendería en las

librerías, en una tirada corta pero completamente profesional, con número ISBN y portada a todo color.

Alegría del cronopio.

Pero antes de todo eso, antes de que el Cruasán se llamara el Cruasán y antes aún de que hiciera la primera copia para enviar por correo, tuve que escribir el libro. Creo que eso me costó unos dos años y pico, algo así de tremendo. Escribía casi siempre de noche y casi siempre toda la noche. Dormía por la mañana y por las tardes trataba de ganarme un jornal de estricta supervivencia. ¿Se le puede llamar a eso «vida bohemia»? No: vida bohemia es lo de Andy Warhol en la Factory, lo mío fue más bien como lo de Moisés atravesando el desierto, pero para ser sincero lo recuerdo con cierto agrado, al menos ahora que visto desde lejos las dunas no parecen tan altas (lo mismo me pasa con el recuerdo de la mili, sólo que escribir el Cruasán fue como hacer dos milis y media).

De estas cosas, de estos pequeños o grandes trabajos y dificultades a los que se enfrenta el autor, generalmente no se enteran los lectores. El lector más inocente quizá piensa que uno está tumbado panza arriba como Pedro con sus cabras y de repente se le ocurre escribir un libro que te partes de la risa. En realidad la culpa de que los lectores piensen eso la tienen ciertos autores, que una vez tienen éxito sueltan eso de que escriben como respiran, arrastrados por un impulso irrefrenable, bla, bla, bla. Lo cierto es que suscitar la risa del lector, como suscitar el miedo o el llanto, cuesta mucho trabajo, horas y horas de trabajo. Al menos eso me pasa a mí, a lo mejor porque tengo más facilidad para respirar que para escribir. Es cierto que un chiste suele partir de una simple ocurrencia, pero hay que componerlo como una diminuta obra de ingeniería y engarzarlo en la estructura propicia, y aun después de eso hay que pulir el resultado con esmero, sobre todo si uno quiere que tenga ese aire inequívocamente espontáneo.

Oscar Wilde lo decía muy bien: no hay pose más artificiosa que la naturalidad. O quizá no lo decía exactamente así pero me da pereza buscar el epigrama exacto en internet (y además creo que sería el primer imbécil que se preocupa de citar bien a Oscar Wilde). En cualquier caso, escribir me ha parecido siempre un trabajo duro, y la perfecta metáfora del escritor es el labrador: ambos abren surcos esforzadamente, línea a línea, hasta completar una superficie enorme.

Recuérdelo siempre el lector inocente: nadie en sus cabales termina un artefacto tan aparatoso como una novela de cuatrocientas páginas sólo para disfrutar de la experiencia, digan lo que digan los escritores cuando los entrevistan.

Pero, recuperando el hilo de lo que iba diciendo, ni siquiera el origen de este libro está en los tiempos en que lo escribía. Su origen está todavía un poco más atrás, en los dos o tres años previos al inicio de su redacción. Entonces, cuando yo todavía era un joven con opiniones un tanto excéntricas (ahora ya soy casi completamente convencional), fue tomando forma en mi cabeza una perspectiva, una constelación de focos de atención y puntos de vista que, sólo un tiempo después, por esa extraña alquimia que transmuta la realidad en ficción, me sirvió de inspiración para crear a Pablo Miralles, un Baloo urbano que se recorta feliz y despreocupado sobre el paisaje de Barcelona.

Así que pasó mucho tiempo desde que tuve la idea hasta que finalmente conseguí encajar en una línea editorial (sea lo que sea eso) y la novela se publicó. Después me dieron un premio, se vendieron un montón de traducciones y hasta hicieron una película que yo no he visto y por tanto estoy dispensado de comentar. Algún día puede que escriba otra comedia inspirada en cómo viví todo aquello; podría titularla *El beso de Fortuna*, o quizá *Jackpot*. Todo cambió a mi alrededor en cuestión de se-

manas, hasta el punto en que puedo dividir nítidamente mi vida en antes y después del Cruasán (AC/DC). Por cierto: el éxito no cambia necesariamente al que lo tiene, pero sí cambia la manera en que los demás ven al que lo tiene. En concreto es muy interesante comprobar cómo personas que te tienen visto de toda la vida experimentan una especie de impacto en cuanto te encuentran retratado en un periódico. Impacto que puede manifestarse de formas muy diversas, algunas francamente sorprendentes. Eso explica en parte por qué durante años he sido más bien reacio a dejarme retratar en plan escritor, y todavía más reacio a salir por la tele. La publicación de tu imagen, de tu simple careto en una foto de prensa, desencadena mecanismos mentales en los demás que darían para una tesis antropológica. Me gustaría hacer un experimento con chimpancés, a ver si les pasa lo mismo.

Pero lo que estaba diciendo era que este libro que el lector se dispone a leer me retrotrae a unos quince años atrás en mi biografía. Eso justifica que para esta reedición especial y un tanto entrañable haya renunciado a revisar el texto. Ni siquiera para corregir errores que en algún momento me han señalado los lectores, cosas como cambios de nombre en un personaje, días de la semana desordenados, precios en euros cuando deberían ser en pesetas o quizá viceversa... En cuanto a la ortografía y ortotipografía y demás ortodoxias, esta novela es la pesadilla de un corrector de pruebas, principalmente porque no se puede distinguir de forma sistemática entre errata, error de exportación del archivo de texto, y licencia literaria que se ha tomado el autor, así que hemos decidido dejarlo todo tal cual. El simple hecho de releerla significaría para mí reescribirla, es decir, desvirtuarla, destruirla en definitiva, sobre todo cuando ya han pasado diez o, en realidad, quince años. Sin duda algo debo de conservar de aquel tiempo, incluso todavía se me pega un poco la manera de hablar de mi protagonista Pablo mientras

escribo este prólogo, su querencia por la expresión cheli en versión barcelonesa, ese desparpajo con que despacha cualquier asunto divino o humano. Pero eso no es suficiente para recrear con acierto aquella perspectiva que un día tuve, así que prefiero no revisar nada.

Por cierto que tampoco Barcelona es la misma de hace quince años. Ahora que regreso a mi ciudad natal después de una larga ausencia ya no me parece la selva de Baloo sino el escenario de *La invasión de los ultracuerpos*, versión de 1978 (¿alguien recuerda a Donald Southerland en la escena final?). Pero no quiero hablar ahora de Barcelona porque me pondría de mal humor.

Siguiendo con la presente edición, quería advertir que ese mail que Pablo Miralles da al final de la novela invitando al lector a escribirle no está bajo mi control desde hace años. En su día esa idea de que los lectores pudieran cartearse con el prota de una novela era muy original, y mucha gente escribió y mantuvo correspondencia con él (o conmigo haciendo de él). Pero tuve que cerrar aquel buzón cuando ya no daba abasto a responder a todos los lectores, ni siquiera a los que escribían en lenguas inteligibles para mí. Por lo visto después, cuando quedó libre la dirección de Hotmail, alguien se hizo con ella, puede que alguien que se llamaba Pablo Miralles de verdad, quién sabe. En cualquier caso ya no soy yo el que recibe el correo, cualquiera que sea el significado que le demos a la palabra «yo».

En cuanto a la nueva portada, me he emperrado en contribuir a su diseño y mis editores, que son profesionales serios y sin embargo sensibles a las veleidades de sus autores, me han permitido el capricho. El resultado, después de hacer un cásting de dibujitos de cruasanes, es el que el lector ya ha visto en la cubierta. Me pareció que algo tan tierno como una pasta para el desayuno que sin embargo puede soltarte un gancho de izquierda en cuanto te descuides simbolizaba bien el espíritu del libro.

Me apetece ahora, en este punto casi final del prólogo, acordarme de Manuel Vázquez Montalbán y de Félix Romeo, que presentaron el Cruasán en Barcelona y Zaragoza respectivamente y en todo momento fueron muy cálidos conmigo.

Y ya para terminar, voy a dar algunas gracias especiales, en plan prólogo emotivo:

A Pote y a Chavi, claro.

A mis actuales editores, Emili y Silvia, que siempre me dan cuartelillo.

Y a todos los lectores que me han hecho escritor.

Nos vemos.

PABLO TUSSET



La Hermandad de la Luz

Lo mejor que le puede pasar a un cruasán es que lo un-
ten con mantequilla: eso pensé mientras rellenaba uno
abierto por la mitad con margarina vegetal de oferta, me
acuerdo. Y me acuerdo también de que estaba a punto
de hincarle el diente cuando sonó el teléfono.

Lo hice, a sabiendas de que tendría que contestar con
la boca llena:

—Séee...

—¿Estás ahí?

—No, he salido. Graba el mensaje después de la se-
ñal y déjame en paz: piiiiiiiiiiiiiiip.

—No empieces con tonterías, ¿qué masticas?

—Estoy desayunando.

—¿A la una del mediodía?

—Es que hoy he madrugado. ¿Qué quieres?

—Que te pases por el despacho. Tengo novedades.

—Vete a la mierda, no me gustan las adivinanzas.

—Y a mí no me gusta hablar por teléfono. Hay dine-
ro. Puedo esperarte media hora, ni un minuto más.

Cortó y me quedé masticando cruasán y pensando si
ducharme, afeitarme, o sentarme a fumar el primer Du-
cados del día. Me decidí por fumar mientras me afeita-
ba; contando con que nadie se me acercara demasiado la
ducha podía esperar, en cambio la barba de tres días me
hace parecer un tiñoso a diez metros de distancia. Pero

los primeros problemas empezaron enseguida: no quedaba ni café ni camisas limpias, tuve que desmontar media sala de estar antes de dar con las llaves y el cabrón del sol me sacudió en plena cara nada más salir del portal. Aun así mantuve el tipo como un jabato y logré llegar hasta el bar de Luigi.

Entré pisando fuerte, por si acaso:

—Luigi, ponme un cortao. Y a ver si me guardas un par de cruasanes que te sobren que me acabo de comer el último. Por cierto, ¿les haces levantar pesas o qué? Si se te pusiera la polla tan dura como los cruasanes tendrías mejor cara.

—Mira, si quieres cruasanes del día los pagas a precio de barra, si no te jodes y te comes los que buenamente te dé. ¿Te conviene?

—Psss..., no sé si he entendido el negocio. Luego cuando venga a pagar el cortado me lo explicas más despacio. Y dame también un Ducaditos, haz el favor.

—Oye, ¿cómo es que no te envió a tomar po'l saco ahora mismo?

—Porque cuando tengo pasta me dejo diez boniatos en este garito infecto.

—Y cuando no, tengo que fiarte hasta el tabaco...

»Ah, antes que se me olvide: la Fina pasó ayer por aquí buscándote. Dice que la llames. Oye, ¿tú a la Fina te la follas o qué? Tiene unas buenas tetorras...

—Irás de morros al infierno, por adúltero.

El sol persistía en su empeño de tocarle los cojones al personal, pero logré salir del bar y salvar las dos manzanas que me separaban del portal del despacho procurando seguir las aceras en sombra. Treinta y pico escalones después estaba ante la puerta de «Miralles & Miralles, Asesores Financieros». El segundo Miralles soy yo; el primogénito debía de estar dentro, afeitado, duchado y encorbatado desde las siete de la mañana. Lancé un «hola» general a la peña y saludé particularmente a la

María con un «qué tal». «Ya ves, hijo, batallando con los teléfonos... Uh, qué gordo te has puesto...» «Es que me cuido. Procuero comer mucha grasa y no moverme demasiado.» Vi que en los despachos del fondo estaban atendiendo a dos parejas de clientes y decidí no armar mucho alboroto con el resto del personal. Sólo el Pumarés, que andaba entre las mesas, saludó levantando las cejas. Le devolví el gesto y me fui directo hacia el despacho de Miralles *The First*.

Me había visto ya acercarme a través de los cerramientos acristalados. Es difícil pillarlo desprevenido.

—A ver si enchufas el aire acondicionado, que tienes al personal agonizando —dije nada más entrar, por si mi Estupendo Hermano había previsto alguna impertinencia de bienvenida.

—Debe de ser el ardor de la resaca, que te da sofocones.

—Si no me estafaras en los balances la tendría.

—Mejor así. Tengo un encargo para ti.

—Pensaba que te bastabas tú solito.

—Alguien tiene que remover la basura, y a ti siempre se te ha dado mejor.

—¿Vas a divorciarte, te mudas de casa...?

—Si no te importa ya me reiré después. Necesito que me averigües algo.

—Supongo que me darás alguna pista. A ver: ¿lo que tengo que averiguar es de color azul?

—Estoy buscando al propietario de un solar..., de una casa vieja en Les Corts. Diez mil duros si me lo tienes para antes del lunes.

Una cosa estaba clara: si *The First* ofrecía cincuenta mil pelas por un nombre es que esa información daba para hacer un negocio neto de varios millones. No debía de ser nada ilegal —*The First* no hace nunca nada ilegal—, pero apestaba a diez kilómetros: el perjudicado debía de ser un jubilado, un huerfanito, la última foca monje del Mediterráneo.

Procuré exprimirlo un poco, la mala conciencia tiene un precio:

—Verás, es que ando ocupado estos días.

—¿Te estás dejando crecer las cejas? Cincuenta mil por un nombre con sus dos apellidos, ni un duro más. ¿Te conviene?

En media hora dos veces el mismo ultimátum. Perra vida.

—Necesito algo por adelantado.

—Te pagué los alquileres el día diez: no me digas que ya te has bebido ciento cincuenta mil pesetas...

—También compré el periódico y un tubo de dentífrico. Quiero veinticinco ahora.

—Quince.

Bué: hice gesto de transigir de mala gana. Él echó el sillón de ruedas hacia atrás y sacó del cajón del escritorio la caja del metálico. Tres mil duros eran muchos más de los que esperaba conseguir ese día, y empecé a hacer cábalas sobre la mejor manera de invertirlos mientras Miralles *The First* completaba la cifra a base de monedas de quinientas. Aparte de la silueta modelada en el gimnasio más pijo del barrio y el traje de butic con nombre de cateto carpetovetónico, era talmente el avaro de Dickens.

Di la vuelta a la mesa y me coloqué junto a él para recoger las monedas.

—Gracias, tete —dije, vocalizando lo mejor que puedo, que es bastante.

—Te he dicho mil veces que no me llames «tete».

—¿Crees que a mí me gusta?: lo hago sólo para molestarte.

Me tendió la dirección en un pósito, haciendo un dengue de asco:

—Y a ver si te duchas. Hueles mal.

Esperé a estar cerca de la puerta para contestar:

—Es el tufo de los Miralles, tete: a ti también te ronda.

Salí lo más rápido que pude para dejarlo rabiando

bajo su pretaporté de Prudencio Botijero; alcancé a oírle algo, pero se le quedó la voz a mis espaldas.

Uno a cero a mi favor. Y quince mil pelas en el bolsillo.

Lo siguiente era pasarse por el súper a comprar algo. Me apetecía empapuzarme una fuente de espaguetis bien mojaos en nata líquida, y por supuesto había que comprar una pieza de mantequilla de verdad para untar los cruasanes de Luigi. Todo eso se podía conseguir con mil pelas, el resto hasta las primeras cinco mil daba para patatas, huevos, cerdo con clembuterol y ternera de seso esponjiforme. Otros cinco papeles iban a caer por la noche en el bar de Luigi; descontando lo que le debía ya sólo podría beber por valor de unas cuatro mil pelas, pero emborracharse en el bar de Luigi con eso es razonablemente posible, mucho más que en cualquier otro garito del barrio con los cinco boniatos enteros (eso sin contar con que a Luigi siempre se le pueden dejar a deber las últimas). El resto hasta las quince mil iba a ser para pillar costo, llevaba al menos cuarenta y ocho horas sin fumarle un triste porro.

Valorando prioridades decidí pasarme por los jardines de la calle Ondina a ver si estaba el Nico y solucionar lo primero el asunto de la medicación. Hubo suerte y allí lo encontré, lo que no siempre es fácil por la mañana —supongo, porque las mañanas no son mi fuerte—. Estaba sentado en el respaldo de un banco, con las botazas sobre el asiento. Reconocí a su lado a ese amigo suyo que parece que acabe de salir de Mathausen. La gente no tiene término medio: o pretaporté de Silverio Montesinos, o chándal Naik con más mierda que logotipo.

—Qué quieres, picha.

—Cinco taleguitos.

Después de una pausa que me hizo sospechar un acceso autista, se fue caminando hacia el margen del parque con parsimonia de peripatético y me quedé a solas

con el compái de Mathausen, que tampoco parecía muy espitoso que digamos.

—¿Oye, y cuando se pague en euros cuánto valdrán los cinco talegos? —pregunté, más que nada por ver si el tío seguía vivo.

—Yo qué sé, colega: es todo el mismo rollo...

Ahí se quedó el amigo, pero a mí me entraron verdaderas ganas de saberlo. Si seis euros son mil pelás, cinco mil pelás serían treinta euros. Números casi redondos, aunque era seguro que el Nico encontraría la manera de encarecer la mercancía aprovechando la movida. El compái, entretanto, parecía haber entrado en un bucle reflexivo que más valía no perturbar, así que encendí un Ducados y me senté en el banco a fumarlo. Lo bueno que tienen los colgaos es que uno puede sentarse a su lado a fumar en silencio durante media hora y no pasa nada, se distraen solos. En cambio treinta segundos en el ascensor con un Usuario Registrado de Güindous le agotan la paciencia a cualquiera. Claro que los colgaos son fatales para según qué cosas: no dicen nada entretenido, no se les puede pedir dinero, y cuando alguno se mete a guardia de tráfico o profesor de lógica acaba montando unos pollos horrosos con las preferencias en el cruce y los condicionales contrafácticos. El caso es que saqué del bolsillo el pósit que me había dado *The First*, por ver si la dirección que le interesaba caía cerca. «Jaume Guillamet n.º 15», había escrito con esa letra suya tan estupenda. Me entretuve en intentar localizar mentalmente el número; conozco bien la calle, el 15 tenía que estar en la parte alta. Ensayé un paseo mental Guillamet arriba tratando de recordar todos los edificios a derecha e izquierda, pero quien intente un ejercicio semejante se convencerá de una de mis más originales hipótesis —erróneamente atribuida a Parménides— según la cual la realidad tiene unos agujeros así de gordos. A todo esto llegó el Nico con la pieza y se acabó el viaje

astral. Me despedí de él y del compái con ese simulacro de cortesía con que uno le habla a su camello de cabecera y salí por la parte baja del parque. El día prometía: porros, comida y priva. Sólo la perspectiva de tropezar con la Fina enturbiaba un poco el horizonte. Es sabido que las mujeres son pozos sin fondo, capaces de absorber toda la atención que uno pueda dedicarles; pero me refiero, claro está, a las que no cobran en metálico por el asunto de la jodienda, y lamentablemente la Fina no cobraba, al menos en metálico.

La cosa es que de camino al súper me desvié un poco para comprobar la numeración de Jaume Guillamet.

Viniendo por Santa Clara, el primer número que vi fue el 57, sólo tuve que remontar la calle un centenar de metros. Ya de lejos me di cuenta de cuál había de ser la casa que interesaba a *The First*. Había pasado por delante tantas veces que nunca se me había ocurrido fijarme, pero saltaba a la vista que era un edificio inverosímil en aquel contexto: una casucha de principios de siglo, con un jardincillo cercado por una tapia del que emergían un par de árboles altos. Resultaba difícil entender cómo demonios seguía allí ese resto, entre bloques de ocho o nueve plantas, con las ventanas cegadas y el jardín interrumpiendo toda la anchura de la acera. Por su culpa todo aquel tramo de calle parecía un cuadro de Delvaux, o Magritte: ruinas, estatuas, estaciones sin trenes ni pasajeros, esa especie de ausencia, de inmovilidad inquietante: el retrato de lo que falta. Desde luego no pensaba llamar al timbre si es que lo había, la parte razonable que queda en mí aconsejaba dejar ese paso para cuando me hubiera duchado, vestido con ropa limpia y pensado en algún buen pretexto que ofrecer a quien pudiera abrirme; pero sí que me detuve un poco pasando por delante. La tapia se alzaba unos dos metros, y la hiedra que la rebosaba parecía bien alimentada, sugería que el edificio no estaba del todo deshabitado. Rodeé el jardincillo en

busca de la puerta de acceso, por ver si había algún letrero, o un timbre, y distraído en la observación pisé una mierda de perro al doblar la primera esquina del saliente. Auténtica mierda de perro, de las que casi no se encuentran desde que todo el mundo anda recogiéndole los cagarros a su euro mascota con una bolsa de Marks & Spencer. Traté de desembarazarme refrotando contra el canto del bordillo, pero la plasta estaba amazotada en el rinconcillo curvo que forma el tacón y tuve que quitarme el zapato. Busqué a mi alrededor un papel o algo con que limpiarme, y, atado al poste de teléfono que se alzaba pegado a la tapia, encontré uno de esos trapitos rojos que suelen colgarse al extremo de una carga cuando sobresale por detrás del coche. No llegué a quedar convencido de no atufar a perro de marca en cuanto entrara en el súper, pero terminé por dejarlo estar cuando el trapito quedó intocable.

Como el trabajo de investigación estresa enseguida, con eso di por terminada mi jornada laboral. Así que solté el trapito en el puto suelo (me gusta comprobar a simple vista que vivo en Barcelona, y no en Copenhague) y me fui camino del súper antes de que cerraran.

En el Día siempre parece que estén rodando una película del Vietnam, no sé qué pasa, pero es más barato que el Caprabo de la Illa, donde en cambio uno siempre espera encontrarse a Fret Aster y Yinyer Royers bailando una polca en la sección de congelados. Añadí a las previsiones de abasto todas las chuminadas de compra compulsiva que me fui encontrando entre el desorden de cajas sin abrir, como recién soltadas en paracaídas desde un Hércules, y tras la enorme cola de la caja comprobé satisfecho que la cuenta no superaba demasiado las cuatro mil pelás. Además, en el colmo de la previsión, se me ocurrió pasar por el estanco a comprar un Fortuna pa los porros.

Al llegar a casa aún tuve paciencia para no fumarme

el primero hasta haberme duchado (incluso yo mismo empecé a notar que olía a oso bailarín), pero en cuanto salí del agua como un tritón triunfante ni siquiera me molesté en secarme y me senté en el sofá a liar. Cargué bien el canuto, y después de los dos días de abstinencia no tardé en notar un cosquilleo agradable. Lástima que el estado general de la sala no acompañara a la pulcritud de mi persona, recién duchada y desodorizada. Mis resabios burgueses siempre se exageran después de una ducha, quizá por eso me ducho lo menos que puedo, así que me quedé mirando fijo al televisor apagado con la esperanza de que en la contemplación de la nada se me pasaran las ganas de limpiar. Pero es increíble lo reveladora que puede llegar a ser una tele apagada: te refleja a ti delante de ella: una caña.

Sólo el timbre del teléfono fue capaz de devolverme al planeta Tierra.

—Siii.

—Buenos díaaaaas. Le llamo de Centro de Estudios Estadísticos con motivo de un estudio general de audiencia de medios. ¿Sería tan amable de atendernos durante unos segundos?, será muy breve.

Era la voz de una chica telemárquetin, con esa extrema dulzura que sin embargo no puede ocultar la mala leche típica del que detesta su trabajo. Pero lo peor es que el rollo de la encuesta tenía toda la pinta de ser sólo una excusa para intentar venderme algo, y eso sí que me jode.

Decidí ponérselo difícil:

—¿Una encuesta...? Qué bien: me encantan las encuestas.

—Ah, ¿sí?, pues está de suerte... ¿Me podría decir su nombre, por favor?

—Rafael Bolero.

—Rafael Bolero qué más.

—Trola: Rafael Bolero Trola.

—Muy bien, Rafael, ¿cuántos años tienes?
—Setenta y dos.
—¿Profesión?
—Pastelero.
—Pas-te-le-ro, estupendo. ¿Te gusta la música?
—Uf: horrores.
—¿Siiií?: ¿y qué tipo de música?
—*El Mesías* de Haendel y *La Raspa*. Por este orden.

La tía estaba empezando a titubear, pero no se dio por vencida. Todavía preguntó si oía la radio, si veía la tele, si leía periódicos y cuáles y al fin, después de soltarme el rollo entero, abordó la cuestión:

—Muy bien, Rafael... Pues mira: en agradecimiento por tu colaboración, y como veo que te gusta la música clásica, te vamos a regalar una colección de tres CD's, cassetts o discos completamente gratis. Sólo nos tendrás que abonar los gastos de envío: dos mil cuatrocientas doce, ¿te parece bien?

—Ay, pues lo siento mucho, pero tendría que consultarlo con mi marido...

Mi voz es inequívocamente masculina, del tipo cavernoso, y la tía estaba ya alucinando. Fue el momento justo de lanzarme a saco:

—Huy, perdona, no te extrañes, es que verás, somos una pareja de hecho homosexual, ¿no sabes?, vivimos juntos desde que salimos del centro de desintoxicación y montamos la pastelería, va para seis meses. Y mira por dónde un cliente que también es gay y nos compra lionesas (porque, me está mal el decirlo, pero tenemos unas lionesas di-vi-nas...), pues resulta que nos inició en la Hermandad de la Luz por Antonomasia..., ¿pero ya conoces la Hermandad, supongo?

—Pues... no...

—Uh, pues tienes que conocerla. Nosotros estamos encantados. Fíjate que por las mañanas mi marido va a hacer apostolado y yo me quedo en la pastelería; y por la

tarde invertimos el turno... ¿Así que tú no has visto la Luz todavía?

—No, no...

—¿No?, pues no te apures que eso se arregla enseguida. A ver, ¿cómo te llamas?

La tía estaba ya acojonada del todo.

—No, es que...

—O mejor, mira: dame tu dirección y esta tarde vengo a verte y charlamos, ¿qué te parece?

—No, perdone, es que no nos permiten dar la dirección...

—¿Que no te permiten...? Eso no es problema: yo inmediatamente te localizo la llamada en el ordenador y envío a una Gran Hermana Lésbica para que hable con tu jefe, ¿vale? Ah, ya me salen los datos en pantalla, a ver..., llamas de Barcelona, ¿verdad? Si esperas un momento me saldrá enseguida la dirección exacta...

No resistió más, oí el clic del teléfono colgado a toda prisa.

Misión cumplida. Le di una larga calada al porro y me fui a poner agua a hervir para los espaguetis de excelente humor. En aquel momento no sabía qué es lo que estaba pasando en Miralles & Miralles; ni sabía, desde luego, en qué berenjenal estaba a punto de meterme.